

3-8-92
Goy P/0475

UAB

LUNES, 3 AGOSTO 1992

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Maiakovsky, Rusia y América

“Cólón, eres un tonto, / palabra de honor / por lo que a mí respecta; / pues yo, personalmente, / yo cubriría América / la limpiaría un poco / y después la descubriría de nuevo por segunda vez”. Vladimir Vladimirovich Maiakovsky realizó un largo viaje en 1925. En París se encontró con Marinetti, que ya había derivado con su futurismo hacia el fascismo, mientras que Maiakovsky y otros futuristas rusos empezaban ya a hacer equilibrios entre su lenguaje revolucionario en el ya oficializado realismo socialista. Él siguió su viaje a Estados Unidos, parando antes en Cuba y en México. En New York permaneció una larga temporada, en esta ciudad escribió “Versos sobre América” y “Mi descubrimiento de América”.

La ciudad es amada y maldita a la vez, como el ciudadano ruso admira y teme la potencia industrial de Estados Unidos. Eso, en los años de la revolución, cuando la electrificación, las líneas férreas y las grandes empresas y hasta los rascacielos eran un modelo y objetivo a conseguir, pero a la soviética. Mas ya ahora hace cinco siglos, el descubrimiento de América era el año en el que comenzaba el fin del mundo, porque, según la cronología bizantina, el mundo había sido creado el 5508 a.C., y tendría una duración de siete días cósmicos,

es decir, de 7000 años: así era que la cuestión quedaba clara: $5508 + 1492 = 7000$ años, y se acababa la función, según el muy venerado Enoch, cuyo libro era y es de lo más apócrifo que darse pueda. Ese dualismo amor-rechazo ha existido, pues, como una tradición, de la que no escaparon ni Sergei Esenin, que estaba entonces de marido, o lo que hace sus veces, con la bailarina Isadora Duncan, una americana que debió ser insoportable, por lo que de ella se ha escrito o se sabe. Esenin había precedido a Maiakovsky en su visita a New York, y en sus escritos se refleja asimismo su amor y desamor por América.

Se avecina el centenario de Maiakovsky, que nació el 19 de Julio de 1893. Y me anticipo así, después de haber trazado un bosquejo de su viaje americano y también reseñado el de sus amigos, escribiendo lo que sigue como homenaje al autor de “La nube con pantalones”. Era hijo de un guardabosques, y muy joven le robó la escopeta a su padre para entregársela a los bolcheviques, sus correligionarios, puesto que él había ingresado en el partido a los quince años. Fue encarcelado tres veces por la policía zarista, y al salir libre de su tercera privación de libertad, abandonó el partido bolchevique: tenía entonces dieciocho años. También dejó —obligadamente, ya

que fue expulsado— el instituto, y se dedicó por entero a la poesía. En 1930, el mismo año en que se quitó la vida, en una reunión en la Casa del Konsomol, alguien le preguntó por qué no pertenecía al Partido Comunista. El poeta contestó: “Yo adquirí muchos hábitos que no están de acuerdo con el trabajo organizado. No me opongo ni me desvío del partido,

EL REALISMO

socialista aplastó a muchos
escritores, a los que Stalin
dijo que debían ser los
“ingenieros de las almas”

e intentaré seguir sus resoluciones aunque no tenga el carnet de afiliado”.

Su auténtica revolución fue hacer los eternos temas de la poesía empleando un lenguaje nuevo, en su caso un futurismo muy personal, lleno de ironía y de expresiones duras. Ya de joven lo que más le gustaba era escandalizar al público. Además de escritor, era un recitador, un artista del gesto y de la voz, al estilo ruso,

que muchos de ustedes habrán podido captar al contemplar a Evtuchenko en alguna de las veces que ha estado entre nosotros.

Al principio de la revolución, Maiakovsky trabajó para ella confeccionando carteles y consignas. Seguía siendo el escritor que redactó el manifiesto futurista ruso, bautizado con el nombre de “Una bofetada al gusto del público”; “La luna con pantalones”, luego la recopilación de su “Poesía 1912-1916”, hasta su triste oda “A Esenin”, que se había suicidado un año antes (1925). De poco le sirvió publicar su “Lenin” en 1924, puesto que a partir de 1925 la literatura soviética dio un tremendo giro. Los escritores debían enmarcar sus novelas, poemas o cuentos, en ambientes como una fábrica, una mina o una carretera en construcción, por ejemplo: el realismo socialista aplastó a muchos escritores, a los que Stalin dijo que debían ser los “ingenieros de las almas”, y que en sus creaciones debía aparecer siempre, como mínimo, un “héroe positivo”, un buen trabajador comunista.

Vuelvo, para cerrar, a la ya clásica idea, o sentimiento, de objeto de deseo o de visión de un odiado antagonista, de los rusos hacia Estados Unidos; sedimentado en la memoria histórica rusa, que fue tensión escatológica y visión apocalíptica del pasado remoto, y hasta un presente que ya se está escapando. ●